



DIRECTORA HONORARIA

La Serenísima Sra. D.<sup>a</sup> María de la Paz de Borbón de Baviera

INFANTA DE ESPAÑA

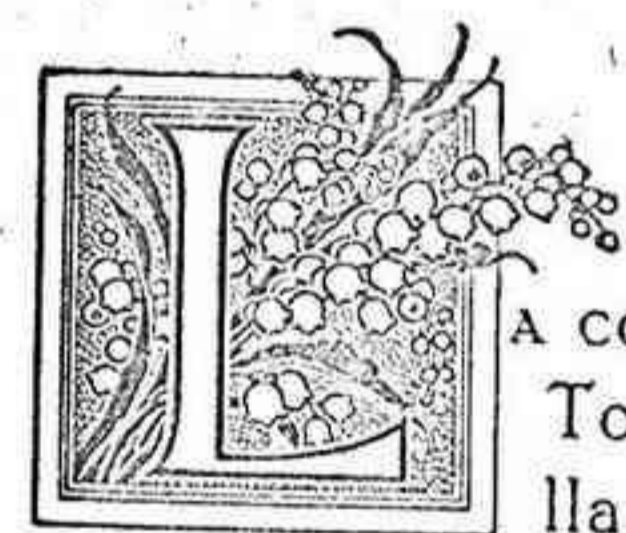
Núm. 16

Salamanca, 15 Octubre de 1915

Año II

## UNA VISITA A SALAMANCA

### IMPRESIONES



LA conocía! ¿Quién no conoce a la vetusta ciudad del Tormes? No hay niño español y, sobre todo, castellano, que no la haya visto en sueños multitud de veces, cubierta de la augusta pátina de los siglos, legendaria y culta, semiinmóvil y silenciosa, indiferente al correr y a las variaciones del tiempo, como una momia de las cámaras sepulcrales de Egipto, y austera y triste, como una desposada que ha perdido al adorado. Salamanca representa en el mapa histórico de Castilla lo que el Partenón en la gloriosa capital del Atica, es la esencia del alma castellana recogida hoy también en un castillo interior, después de sus homéricas irrupciones por los amplios términos de los dos mundos.

¡La conocía! Pero si mis sueños de niño y mis lecturas de joven me la hicieron concebir con exactitud peregrina, no alcanzaron a promover en mí la impresión imborrable y honda de espiritualismo hercúleo que se experimenta al recorrer sus ásperas y descuidadas ruas.

y sus misteriosos pasizos rotulados con leyendas castizas de embelador y arcáico sentido; al visitar sus incontables y prodigiosos monumentos, milagro del arte y del poder muscular, obras espléndidas en entendimiento, la fantasía y los nervios, en las que, acaso mejor que en cualesquiera otras similares, la gracia y la fuerza se unen en gentil y maravilloso connubio; al percibir su luz brillante y dorada como destello de topacio; al respirar un ambiente sutil y sin olores enervadores de jardines y setos floridos y al ver sus perspectivas de límites abiertos y colores mates, serenos y augustos, callados y atrayentes como el fondo de un cuadro de Velázquez. Ninguna de las gloriosas ciudades de Castilla producen esta fuerte y equilibrada emoción espiritual. En Avila, se siente el espiritualismo como transporte angélico del alma; en Segovia, como ímpetu bélico del corazón; en Toledo, como época perfumado de los sentidos, los cuales aspiran a la vez mirra de Iglesia y vaho de odalisca; en Burgos, como recreo dulcísimo de una inteligencia que admiran un libro de devoción miniaturado y perteneciente a hermosa y regia dama de los siglos medios... Sólo en Salamanca se encuentra y disfruta el espiritualismo sin matices ni adobos, o mejor, el espiritualismo fusionado con la energía viril del hombre, el espiritualismo jugoso, práctico y estético, sin contorsiones ni damerías, que supieron cultivar y sentir con admirable tino los teólogos humanistas de la áurea época de la Universidad salmantina. Cuando ha unos días, en la feria tradicional de San Mateo, paseando por las calles y la ronda de la población, vi a los campesinos que a ella afluían y me fijé en la recia contextura de sus miembros y en la vigorosa expresión de sus rostros forjados al parecer en molde de vieja gárgola o hechos con la espátula de Rodín sobre trozos de arcilla o evoca y pone los ojos en las mujeres, no en las que se visten a gusto de Paquín y se engalanan con mudas y cremas, sino en las charras que usan por todo afeite el agua limpia y envuelven el busto airoso en el traje pintoresco del país, llegué a comprender el origen y la naturaleza singulares del arte y el alma salmantinos, y hasta el por qué Santa Teresa, abulense de gustos y carácter, no se mostró en su vida mística tan abstracta como San Pedro de Alcántara por ejemplo, sino que supo coordinar a maravilla las ascensiones a las moradas últimas del espíritu, con el rehogue a sartenes y cacerolas y el régimen minucioso de la pobre economía conventual.

Tiene la raza salmantina en su cogollo el germen de ese arte soberano Miguelangesco por su grandiosidad conceptiva y sus formas y renancista por su finura de ejecución y menudencias, y dice con

el vigor de sus órganos y lo agudo y severo de su expresión anímica, que sabe sentir la vida del espíritu sin destemplanzas ni acaramelados melindres. Por eso Salamanca infundirá siempre como hoy infunde, según Unamuno, «sueño de no morir nunca», y será en el discurrir de las centurias hogar perenne del espiritualismo español por excelencia, limpia fontana donde vengán a abrevarse cuantos anhelan vivir sobre el horizonte brumoso del sentido.

Mientras la raza se mantenga cual es y resista como la encina los vendavales de pasión utilitaria y grosera que sacuden los espíritus de hoy, Salamanca permanecerá unida al tronco idealista que la da existencia y carácter.

Menguados practicones de la Filosofía y la Historia la incluyen entre las ciudades muertas como a Toledo y Burgos, Avila y Segovia ¿Consiste la vida en agitar los miembros con trepidaciones de baile de San Vito, o en hacer que no se interrumpan los movimientos peristálticos del estómago y del intestino?

¡Salamanca muerta! Muertas a su imagen se hallan desde siglos Atenas y Roma y viven, no obstante, y vivirán en la cultura, o si queréis en el pensamiento del hombre, que es donde la vida tiene únicamente valor, más que Londres y Nueva York con toda su ingente actividad industrial y mercantil.

La vida de las ciudades y de los pueblos, como la del hombre, no se aprecia por salarios o logaritmos de manual bancario. Roma fué en igual fecha menos rica y comercial que Cartago, y subsistió más que ésta; Prusia ha sido hasta ayer de mañana, más pobre que Francia, y actualmente se dispone a escribir en la Historia del pueblo francés: *finit opus*, y acaso lo consiga.

Hoy, como siempre, la energía mueve las moles y el espíritu conserva y hace activos a los órganos, y mientras el espíritu no desaparece de los cuerpos sensibles, por débiles que estén, no se corrompen y desmoronan. Y el espíritu salmantino late oculto en las entrañas de la raza que puebla la ciudad y su provincia.

Me diréis que no se comprende entonces cómo la Atenas española se muestra tan callada. No piensa más el parlanchín que atropella las frases y lanza como rehiletes los vocablos, que el que aprisiona la lengua para que el ruido que produce al moverse no interrumpa la audición del habla silenciosa del pensamiento. Sobre que a todo parto antecede un período de gestación más o menos durable. Salamanca incuba ahora sus obras venideras, y medita y rumia ideas para hablar más tarde con la sabiduría y el aplomo con que habló en nuestro siglo, en el siglo de la civilización española, que fué ci-

vilización castellana y salmantina. Dad tiempo al tiempo; dejadla que empolle los hijos futuros de su espíritu; no turbéis su silencio fecundo, que es silencio de maternidad callada y laborante; dejadla que reconcentre, como dorado y bien oliente mosto, sus conceptos y sentires para que nos embriague después con el suavísimo y arranciado néctar de sabia y armónica doctrina; dejadla que ahonde en el subsuelo de la raza y en él hunda las raíces de su espíritu, que aunque ese subsuelo os parezca yermo y esquilmo como el haz de la barbechera castellana, es como este atesorador de ricas sustancias nutritivas, y puede como éste dar ópimos y regalados frutos.

¡Noble y gloriosa ciudad, cuna de sabios, refugio de artistas, plantel de caballeros y asilo de santos! Eres modesta y sufrida, amante de tus glorias y nada envidiosa de las ajenas, trabajadora sin aparato y pensante sin anuncios y carteles de ateneo bullicioso, y por eso dicen de tí que eres mujer condenada a infecundidad irremediable, cuerpo frío del que el alma se ha ausentado para siempre. No des oídos a los agoreros pesimistas de tu porvenir, ni te amilanes porque no sientes circular por tus miembros el torrente de la vida con la pujanza que en otro tiempo circuló! Tienes el alma robusta aunque el organismo se te resienta de los males pasados, y con aspecto de convaleciente, irradias energía por sentidos y poros. No hay sino tener alma de artista para verlo.

Atravesando tu senara de roja y pesada arcilla, repleta de mieses y frutas y cubiertas a trozos de boscaje tupido y fina y sustanciosa yerba; dejándose quemar por tu sol ardiente que hace fluir a chorros la savia de los secos y retorcidos sarmientos y almacena miel quintaesenciada en la pulpa de ciruelas y pavías: recibiendo en el rostro el aire sutil de tus llanos que torra y resquebraja la piel como el fuego al pergamino, o la amorata y enrojece con el latigazo o la ventisca y el cierzo, haciéndola así resistente al calor del trópico y a la atmósfera helada de la Siberia, se adquiere la convicción incommovible según el manantial de la vida es inagotable en tí. Y si entendiendo el lenguaje mudo de las cosas se penetra en tus santuarios, centros del saber y casas solariegas, donde cada sillar es un recuerdo y nos describe a voces una historia y cada herraje vibra como la cuerda de un arpa y cada taracea se transforma en viñeta de códice refinada y expresiva, y donde vagan o habitan tus hijos caballerosos y apuestos, inteligentes y forzudos, amasados con *portland* y con destellos de radium y dispuestos para alzar sobre sus hombros la cúpula gigante de tu Basílica y recluir en el cerebro la ciencia de las Sumas y Enciclopedias, ¿cómo no confesar y creer.

que eres tabernáculo del espíritu, relicario del alma, y que por eso te muestras recogida y silente al modo de los uncidos joyeles, donde el espíritu de Dios vive y se adora? No; no llevas en la sangre ¡oh ciudad de mis amores! los gérmenes de la muerte. Te lo dice el que te ama como a la propia vida, porque tu vida gloriosa es también mía, ya que pertenezco a una estirpe de varones místicos que en tí se halla entroncada y en tu seno formó la serie de vástagos ilustres que han llenado de nombres gloriosos tus crónicas, de rótulos tus calles y de estatuas tus glorietas.

Sólo el amor sabe entender y apreciar la vida, y el amor que te profeso, me dice que serás eterna. Aunque un cataclismo geológico derruya tus monumentos y asuele tu solar, no dejando piedra sobre piedra, tú subsistirás para la inteligencia y el sentimiento: en el polvo de tus ruínas, el rítmico fluir de la corriente de tu río y la augusta majestad de tu ambiente, hallarán las almas superiores motivos de inspiración depuradora y estimulante; a visitarla, oirla y contemplarla vendrán en caravana para descargarse de la herrumbe materialista del vivir progresivo sintiendo junto a tí y por tí el anhelo del «inmortal suspiro», del que tú eres y serás foco y acicate; vendrán a embeberse en ese espiritualismo férreo y sin puntas, entallado y libre del que aun entonces te manifestarás empapada.

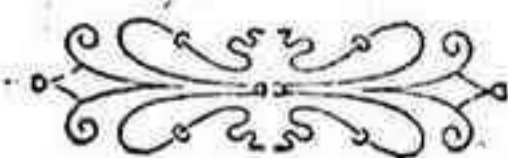
Acaso un Manuel Gálvez, de tuétano español, aunque de nacimiento americano, intuitivo sagaz de tu genio y enamorado ardiente de la idealidad del arte y de la vida, esculpa en desmoronado y artístico sillar de tus actuales basílicas, convertido por él en piedra miliaria o estela, la siguiente lacónica inscripción: *Salmántica docet.*

¡Es la leyenda funeraria que te compete en caso de morir!

P. Bruno IBEAS,

Agustino.

Colegio de Calatrava, Septiembre, 27, 1915.



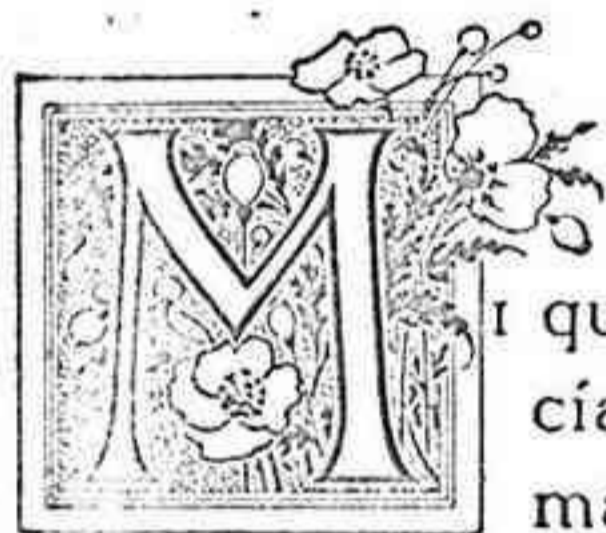


DE MI PUEBLO

—  
RECUERDOS DE NIÑEZ  
—

I

*"Già similmente mi stringet a il cuore". LEOPARDI, I canti).*



Querido amigo el Director de esta Revista, Sr. García Boiza, me invita para que le hable de los rasgos más salientes de las fiestas teresianas de mi pueblo. Quiere una copia del natural.

No faltan los modelos, no escasea el ambiente, la luz está entonada, las paletas cargadas de pastillas de color; sólo los pinceles míos son torpes y desmayados. Pero, en fin, allá va.

— — —

Ante todo, amigo Boiza, sólo hay fiestas para los niños. Los domingos en la niñez tienen *otro color* que los demás días, la naturaleza parece más recogida, proyectamos sobre las cosas la solemnidad de nuestros vestiditos estirados y flamantes. Después...

Después, todos, pero todos los días son iguales. A medida que van pasando los años, nos vamos olvidando de admirar. Las cosas van desflorando su ingenuo pudor ante nosotros. Estamos tristes y cansados. Uncidos ante el trabajo, pesa sobre el nuevo día el nuevo afán. Queremos alcanzar la gloria y advertimos que la gloria es como el haz de rayos que creen retener los niños entre sus manecitas las mañanas soleadas.

Y un día, sólo un día, cuando miramos serenamente unos ojos puros que comienzan a alumbrarnos nuestro sendero, cuando tornamos como el hijo pródigo a los umbrales de la casa solariega,

cuando volvemos a Dios después de una caminata fatigosa, entonces y sólo entonces, advertimos que la poesía de las cosas depende de la luz que sobre ellas proyecta nuestro corazón.

Tú, querido Boiza, conoces seguramente aquella estupenda poesía que se llama *La sera del dí di festa*, del pobre Giacomo Leopardi. La noche es dulce y clara; ya no sopla el viento; sobre los tejados y alumbrando las huertas se alza la luna. Serenas se yerguen las montañas a lo lejos. «¡Oh Amada mía!—grita el poeta— ¡oh Amada mía! Callan ya los senderos y la nocturna lámpara se filtra a través de la rendija de los balcones. Duermes tú, que el sueño se apodera de tí en tu cámara silenciosa, que no te aflige cuidado alguno, que ignoras las llagas que me has abierto en medio del corazón».

Esta Amada del poeta es, sencillamente, la vida, la inquietud, el retorno a la sereñidad. Las cosas han perdido, como aquel idolillo de que hablaba Flaubert, su polvillo dorado... Pero—poetas y cristianos—oímos, al fin, como el poeta de Recanati, el solitario canto del trabajador que vuelve a su humilde casa para dormir de un tirón hasta el amanecer. ¡No pasan todas las cosas por el mundo sin dejar huella alguna, dulce poeta, no! Estos apuntes, estos recuerdos de las fiestas de mi pueblo, no son sino la huella que han dejado en un hombre los recuerdos sagrados de la infancia.

~ ~ ~

Desde el 14 de Octubre comenzaban para nosotros las fiestas. Ibamos a las ocho de la mañana a ver *sacar* a la Santa del Convento. Como culebras, defendiéndonos de los codazos de las personas graves, penetrábamos en el vestíbulo a ver a las monjitas envueltas en su velo tupido. Salía la Santa con su gorro doctoral, con su pluma en la diestra y con la palomita que la dictaba sus páginas. ¡Santa Teresa era Doctora! Esa palabreja tenía para nosotros una sugestión de inquietud...

Sonaban los cohetes; la charanga preludiaba una marcha muy seria. Nuestras madres nos ponían de rodillas ante la Santa. Estallaba algo así como un sollozo colectivo en la plazuela:

—¡Santa bendita, Santa bendita!

Había vejetes que temían no volver a verla más y que, en efecto, se morían aquel invierno: había mujeres que se anegaban en el llanto, lluvia mansa que refrescaba los surcos reseco de su dolor no compartido; había mocitas casaderas que pedían a Santa Teresa que al año siguiente las cogiese ya de señoras formales; había forasteros que admiraban aquel cuadro de luz de la Plaza de las Madres con curiosidad insaciable...

Y entraba la Santa en la iglesia. El pueblo desfilaba ante la imagen. «En mi niñez—dice Leopardi en *La noche del día de fiesta*—cuando esperaba ansiosamente el día festivo, velaba toda la noche. Y allá, cuando todo duerme, un canto que se iba alejando, que moría lentamente por los senderos, poco a poco me iba apretando el corazón». Aquel día, aquel 14 de Octubre—¿de qué año? descendía hasta nosotros, niños que dejábamos de ir a la escuela, el eco del canto de Teresa arrullando a su Esposo, entre un coro de serafines.

~ ~ ~

La fiesta era muy solemne cuando éramos niños; mucho más solemne que ahora. Había en Alba un señor, don Pedro Canto, que se ponía un uniforme de Jefe superior de Administración; aquel uniforme tenía un sombrero de tres picos y un espadín. Había en Alba varios Alcaldes—don Victorio Elena, don Sergio Gómez, don Luis López Laporta—que llevaban chistera y tubo como Dios manda. El Convento de los Padres Carmelitas era también Colegio de la Orden y había cuatro o cinco docenas de capas blancas sobre el hábito café, entre novicios y profesos.

Recuerdo, muy vagamente, las fiestas del año 1892; tendría yo siete años y medio justamente. Hubo un certamen en el teatro. Se premió a un poeta que hablaba de Otumba, de Lepanto y de otras cosas muy bonitas, que sonaban muy bien. Predicaba Manterola. Le oí dos sermones. Y pidió a la Santa morir en Alba y en Alba murió el famoso diputado-cura de las Constituyentes, el adversario digno de la elocuencia de Emilio Castelar. Advertí que al conducir el cadáver al Camposanto, llevaba las vestiduras sacerdotales. Que no iba como los demás dando la cabeza al mundo, sino a su última morada.

Por entonces había yo decidido ser Papa.

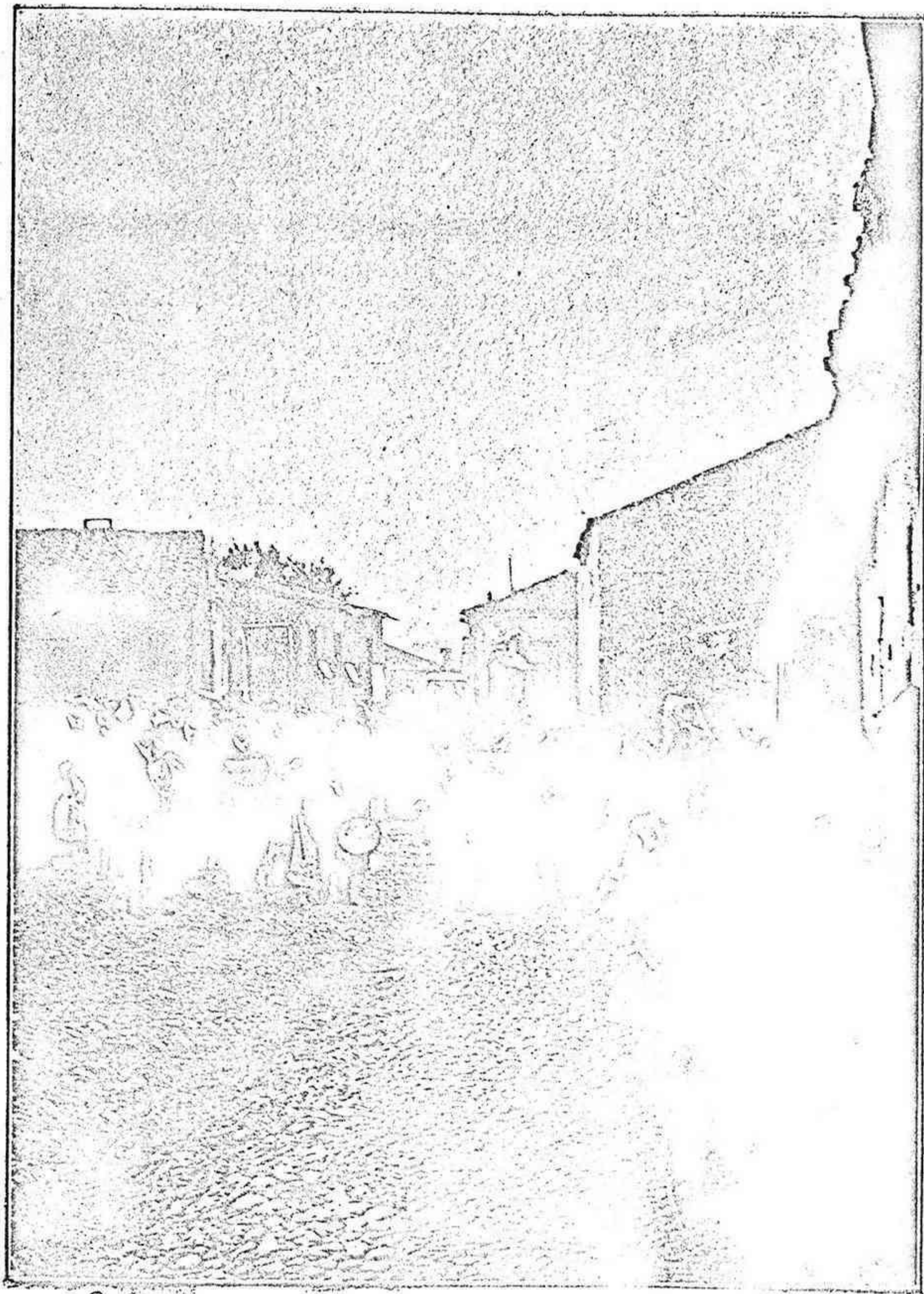
Antes había pensado ser Rey y enseguida Napoleón. Pregunté si se morían los curas; me dijeron que sí. Pregunté también si se morían los médicos; la misma respuesta. No me cabía en la cabeza que los que confesaban y que los que curaban fueran de barro mortal. Y ante el cadáver de Manterola, mis ansias de ser cura, al mes Obispo y al año justo Papa, tomaron otros derroteros.

Para morirse uno...

~ ~ ~

Una vez vino una peregrinación a Alba. No recuerdo qué año. Sólo sé que eran portugueses, que arrastraban muy dulcemente ciertas sílabas y que vestían con facha militar. La calle de San Pedro





UNA PROCESIÓN DE LA SANTA EN ALBA DE TORMES

estaba llena de gente que les vitoreaba. Estaban engalanados los balcones y los peregrinos traían una banda que sonaba mucho, o lo que era igual para mí entonces, que tocaba muy bien.

Llegaron los peregrinos a las Madres. Yo me coloqué con los chicos al lado de los músicos. Burlé la vigilancia de los polizontes y me coloqué en la iglesia.

Los peregrinos cantaron el rosario...

¡Qué rosario! Yo no he oído nada más bello. El bajo era un negro, con unos bezos de media arroba, colgantes y gordezuelos, que cantaba con una voz henchida de dulzura:

—*¡Speculum justitiae! ¡Salus infirmorum! ¡Refugium peccatorum! ¡Consolatrix afflictorum!*

Y unos niños, la masa coral—cascada de notas cristalinas como las del surtidor de una fuente, durante una noche de Abril, en Verona—glosaban con voz de oro:

—*¡Ora pro nobis!*

Aquella noche—no sé de qué año—comprendí la esencia del catolicismo latino. El culto a María es la nota de ternura, de poesía, de mayor intensidad estética que tenga religión alguna. María es la madre común.

Supe que aquel bajo había perdido a su madre. Y—niño—entendí su canto y llevo dentro de mi espíritu el sonido de aquella voz suya que lloraba, que rezaba, que suspiraba, que gemía quejumbrosa, en la iglesia de las Madres de mi pueblo, hace muchos años, una noche fría, cuando yo era niño...

El año pasado...

El año pasado, un día del mes de Agosto, hubo un motín popular. Ya están suficientemente juzgadas aquellas cosas.

El caso es que todos vimos el cuerpo de la Santa.

Yo le ví también a través de la reja del coro bajo, que hay a la izquierda del presbiterio. Había poca luz en la iglesia. Me apoderé de unos prismáticos para contemplar a mi sabor los restos de una de las mujeres más simpáticas y atractivas de la tierra.

Hubo gentes que vieron muchas cosas.

Yo ví una capa blanca muy hermosa; un trocito de frente; un trocito del lindo pie derecho.

Y no ví más, ni quise ver más. Me bastó con aquella visión peregrina: la frente, el pie derecho... Ahí estaba la frente de mi escritora y el pie derecho de la monjita andariega.

¡Oh, fuerza del símbolo! ¡Oh, sugestión inenarrable de la epo-

peya teresiana! Yo no ví más, yo no quise ver más. Era blanca la frente como una azucena y tenía manchitas moradas, del color del lirio.

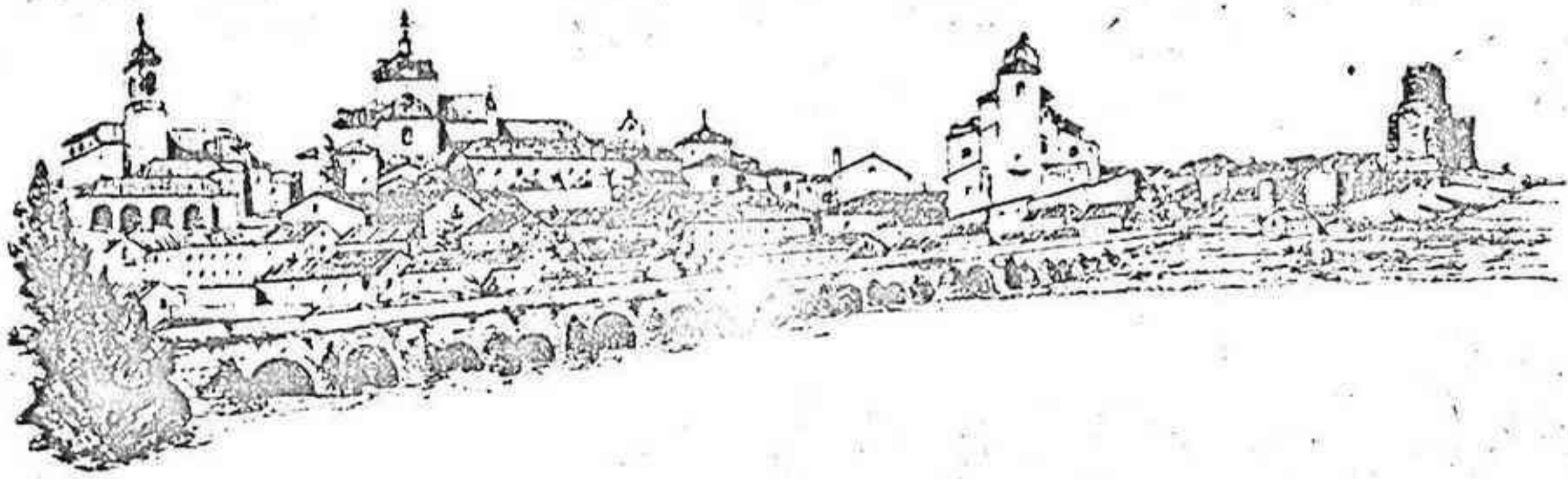
Y era muy lindo el pie que resistió vendavales por esas llanuras, por esas calzadas, inundando la meseta caldeada de ideales y de palomares místicos.

Y al contemplar la frente—aquella frente de las *Moradas* y de los *Avisos a las monjas*—y el pie de aquella mujer que fué denostada en Medina del Campo por esa plebe que quiere ser de buen tono y que, a las veces, se recluta en las capas que se llaman altas de la sociedad, torné por un momento a los dorados días de la infancia. Y oí la voz de Teresa diciendo a mi España que despertara de su modorra y exhortándola a que se fabricara su castillo interior para gozar, de esta suerte, a todas horas, de la presencia del Jesús—dulce y manso—del Evangelio.

José SÁNCHEZ ROJAS.

Alba de Tormes, Octubre de 1915.





## Santa Teresa y Sevilla

---

«Dime qué sentiría cuando viese un tan gran Prelado arrodillado delante de esta pobre mujercilla sin quererse levantar hasta que le echase la bendición en presencia de todas las religiones y cofradías de Sevilla».

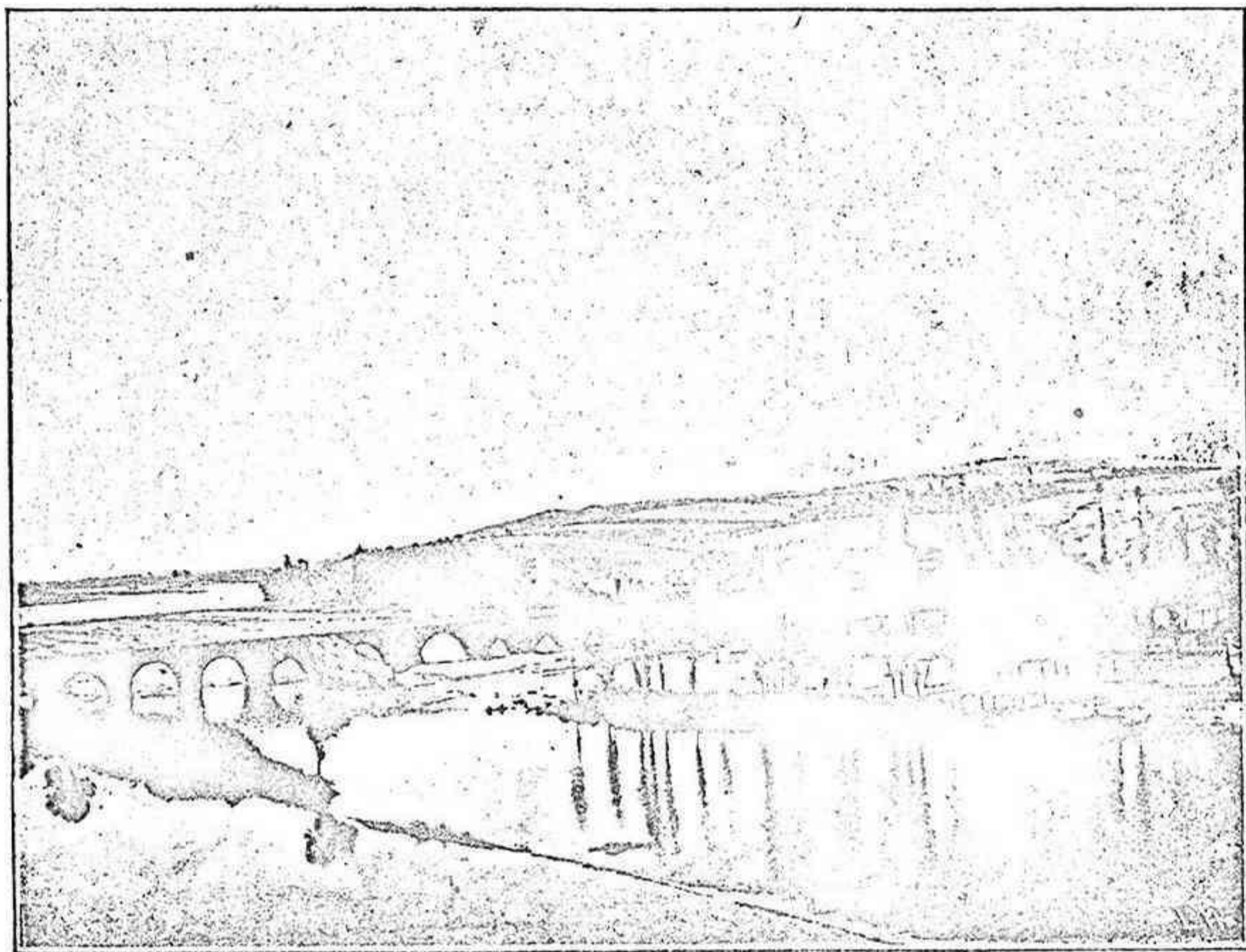
*(Carta de la Santa a Sor Ana de Jesús)*

Bien he menester del Greco  
La áurea paleta mística  
Y del rey del Pindo íbero,  
Fray León, la eterna lira  
Para cantar dignamente  
A la más grande heroína  
Del español siglo de oro,  
Nueva reina de Castilla,  
Encarnación de la gracia  
Y de la beldad divinas,  
Gala del Varón hispano,  
Flor del Carmelo más linda,  
Judit que al protestantismo  
Tritura cual sierpe impía,  
Bajo la palma del Gólgota  
Débora, enseñando Mística  
Con su cetro de Doctora  
Sobre la nación más digna...  
Quiero cantar en romance  
A Teresa y a Sevilla,  
Si acaso cantarse pueden  
Grandezas tan peregrinas...

---

Si Teresa de Cepeda  
No es hija de Andalucía,  
Lo es, cual flor, de su gracia,  
Verdaderamente hija,

Injerto de áureas virtudes  
 En rosal de simpatías,  
 Joya en que engasta donaires  
 Su decir, cual perlas ricas.  
 Es andaluz su gracejo,  
 Y su expresión, de Castilla,  
 Su pensar es castellano,  
 Su sentir, de Andalucía.



PUENTE ROMANO Y VEGA DE ALBA DE TORMES

De un gran Monasterio suyo  
 Cuna dorada es Sevilla.  
 Al venir de Fundadora  
 Desde Avila a Andalucía,  
 Como en pobres carabelas  
 Colón tras las nuevas Indias,  
 Mil trabajos y peligros  
 Doquier Satán le suscita;  
 Ya al embarcarse en el Betis  
 Que a veces es mar, no ría,  
 Que en corriente altiva arrastra  
 Su barca... a arenosa islilla;  
 Ya al pasar con extrañeza

Por Córdoba en fiestas pías,  
Llevando sus compañeras  
Andariegas Carmelitas,  
Desnudos sus pies de nieve,  
Con la capa y toca albinas,  
Caídos los negros velos  
Sobre sus rostros, a guisa  
De viseras militares  
De misteriosa milicia;  
Ora en las altas y recias  
Calenturas producidas.  
En la inclemente posada  
Al rigor de la calina,  
Ora, en fin, en el Prelado  
Que acérrimo no quería  
Fundase su Monasterio  
Sin propia renta, en Sevilla.  
Mas tantas sensibles pruebas  
Bien la monja las estima;  
Que sin ellas ha por cierto  
No se fundara en Sevilla.  
Presto lo comprueba el Cielo,  
Pues providente le envía  
A Lorenzo de Cepeda  
Que entonces vuelve de Indias  
Y ayuda a su fiel hermana  
En la santa obra emprendida,  
Proporcionándole casa  
Y erigiéndole capilla.  
Pronto un virtuoso clérigo  
Celebra allí Santa Misa.  
¡Es el justo Garci Alvarez  
Que siempre se la decía  
Venciendo largas distancias,  
Hielos, soles y ventiscas!  
¡Gloria al primer sacerdote  
Digno hijo de Sevilla!  
También el anciano Santo  
Prior de Cartuja ansía  
Ser no menos entusiasta  
Cooperador Carmelita.  
Ni les va tampoco en zaga  
El prelado de Sevilla,  
El que admira el Monasterio  
Cual faro de luz divina  
Mostrando los derroteros  
Que hacia el Cielo al hombre guían,  
Palomar cuyos arrullos  
Son oraciones divinas,

Pararrayos que detiene  
De Dios ofendido la ira,  
Y castillo cuyas armas  
Van contra la hueste impía  
Del nuevo Luzbel, Lutero  
Que arrebatava infinitas  
Almas al reino de Cristo,  
Mas se las restituía  
Teresa, no en varios grupos  
De esas estrellas divinas,  
Sino en mil constelaciones  
Que en su Reforma suscita:  
¡De seráficos espíritus,  
De gloriosas heroínas!  
Admirando así esta obra  
El prelado quiere un día  
Pasear solemnemente  
A la Majestad divina  
En nueva fiesta del Corpus  
Por la Orden Carmelita;  
Vedlo llevar bajo palio  
La Custodia eucarística  
Tras mil santas Hermandades  
Y devotas Cofradías,  
Entre clérigos y frailes,  
Todos los que hay en Sevilla,  
En procesión, que ordenada,  
Majestuosa desfila.  
Vedlo recorrer las calles  
Que de verdor se tapizan,  
Entre el acorde confuso  
De encontradas armonías,  
Ya las que da la Giralda  
Que loca de amor repica,  
Ya las que cien ministriles  
Arrancan de arpas y liras,  
Bien de cohetes lanzando  
Cascadas de luz que silban,  
Bien las de artísticas fuentes  
Y otras invenciones finas...  
Bajo los arcos triunfales  
De damasco y florecillas,  
Entre perfumes y cantos  
Que elevan las Carmelitas,  
Lleva el prelado el Santísimo  
A su modesta Capilla,  
Donde bendice a las monjas  
Que ante su Amor se extasían...  
No quiere aquel despedirse

De esta su amada Capilla:  
Sobre sus pontificales,  
Como perlas desprendidas,  
Dulces lágrimas derrama  
Que más que sus joyas brillan.  
Entonces el buen prelado  
Que representa a Sevilla  
Ante sus Autoridades,  
Ordenes y Cofradías,  
Ruega a la avilesa Virgen  
Que a su Arzobispo bendiga,  
¡Que él no es Cristóbal de Rojas,  
Sino el alma de Sevilla!

.....  
.....

¡Es mi patria que a Teresa  
Dobla amante las rodillas  
Recibiendo de sus manos  
Bendiciones infinitas!

Francisco DEL VALLE,  
Presbitero.

Sevilla, Septiembre 1915.

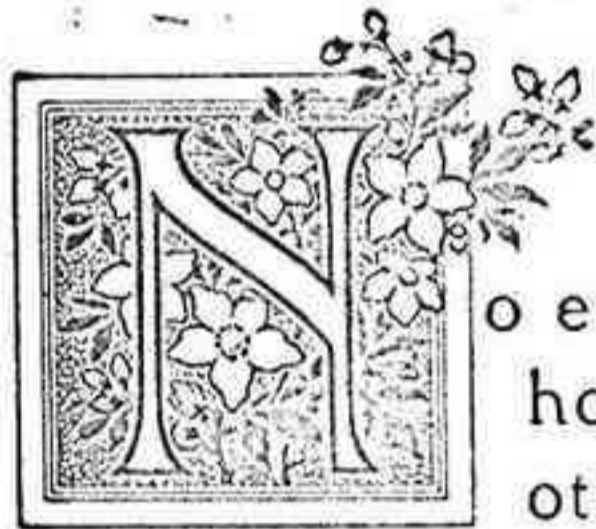






## Glosas al libro de los Avisos

Aviso IX. Acomodarse a la comple-  
xión de aquel con quien trata; con el  
alegre, alegre; y con el triste, triste;  
en fin, hacerse todo a todos para ganar-  
los a todos



No es ciertamente el elogio que menos agradecen los hombres, la consideración de los demás y que por otra parte es una deuda sagrada, cuando la motiva la *palabra dulce que multiplica los amigos y mitiga los enemigos.*

El aviso que pretendemos glosar, nos indica bien a las claras en qué ha de consistir el llamado *don de gentes*: a través de él, podemos leer, que no hacen distinguido nuestro trato, ni ese formulismo ordinario y frívolo, ni esa fraseología trivial ya, en fuerza de ser repetida, sin sentirla, con que pretendemos demostrar a nuestros semejantes, la participación que tomamos en sus alegrías y en sus tristezas. Para que sean nuestras palabras verdaderos consuelos, es preciso *acomodarnos a la complexión de aquel con quien tratamos*, es decir, compenetrarnos con ellos, dándonos cuenta exacta de sus sentimientos, ser, en una palabra, como los primeros cristianos, de quienes dice San Lucas que eran un alma y un corazón. *Erat cor unum et anima una.* De ahí nacerá que nuestras atenciones para con el prójimo (como ordinariamente acaece) ténue relámpago que desaparece veloz, sin dejar huella de su grandeza, sino al contrario, sean nuestros afectos naturales, sentidos, hondos, francos, que cual rocío benéfico y perfume divino envuelvan nuestra conversación, siendo esta comunión de ideas y sentimientos el secreto misterioso de nuestro trato con los demás, que nos granjeará la estima de todos ya que el *acomodarse a la complexión* de todos supone igual-



UN SEPULCRO DE LA FAMILIA DE LOS GALARZA EN LA IGLESIA DE LAS MADRES  
DE ALBA DE TORMES

dad en el afecto y la igualdad en el sentir, ha de engendrar necesariamente mútua complacencia.

Si bien es cierto que el observar este aviso de Santa Teresa, pertenece en su parte meritoria a la verdadera caridad que no es otra que la cristiana, y que el hacer propios los afectos ajenos es empresa digna solamente de la religión cristiana, no es menos cierto, que sería un error lamentable, suponer que este aviso, como dirigido a personas religiosas, tiene para éstas, exclusiva finalidad. La ilustre salmantina y laureada poetisa D.<sup>a</sup> Josefa Estévez García del Canto, pone las siguientes líneas, como único comentario, a estos avisos de Santa Teresa, «los cuales encierran tan saludable enseñanza, que en su mayor parte, pueden ser útiles lo mismo a las personas que habitan el claustro que a los que viven fuera de él. Dichoso privilegio concedido a las palabras de la verdadera sabiduría ser provechosas a *todo el mundo*, así como el aroma exquisito de una hermosa flor, deleita lo mismo al niño que al anciano, al ciego infeliz que al que puede admirar su belleza».

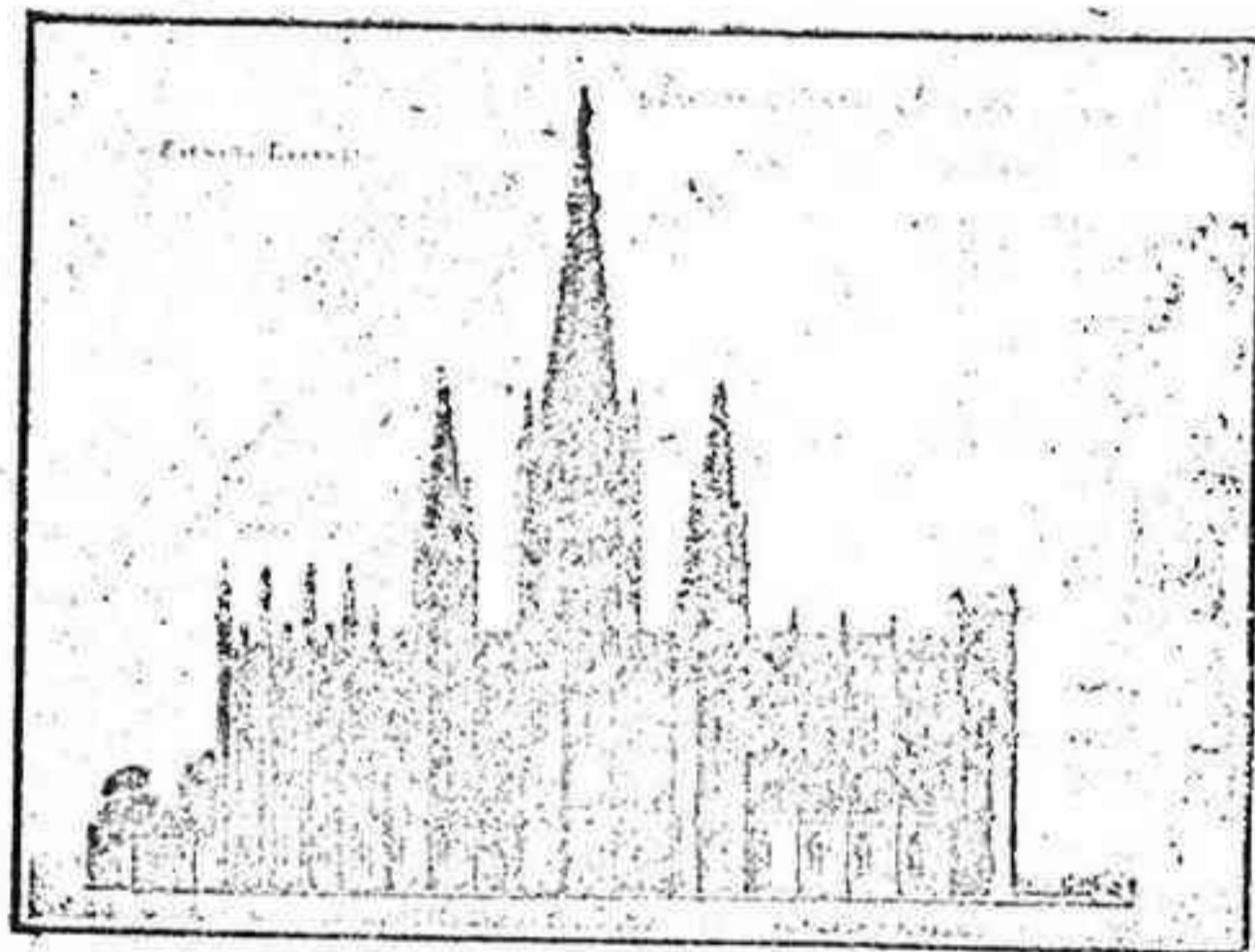
El acomodarnos a la complexión de los demás para ganarlos a todos, incluye un amor desnudo de todo egoísmo, un amor sincero, un amor que no tenga por base la belleza de las cualidades personales. Y si tal debe ser la caridad de buena ley, síguese, que no se debe excluir a nadie. A las veces la palabra *dignidad* aparece con todo su séquito de pretexto que lo que hacen es fomentar una pedante altanería. En verdad que, como atinadamente escribió San Francisco de Sales, «la prudencia en el trato con los hombres, es la luz del sol y luz de la vida, y por eso debe evitarse el rebajamiento, mas el complaciente trato, debe extenderse a todos, en la proporción que exija la *complexión* de aquel con quien se habla». Observa acertadamente Tilmar Pesch, en su precioso libro titulado *Filosofía cristiana de la vida*: «Haz siempre a los mayores el debido acatamiento, pero busca también el favor de los pequeños. Si es verdad que las alas del mosquito no son ninguna coraza que te puedan servir de protección, también lo es, que su aguijón diminuto, más tenue que un cabello, tiene veneno bastante para causarte dolor».

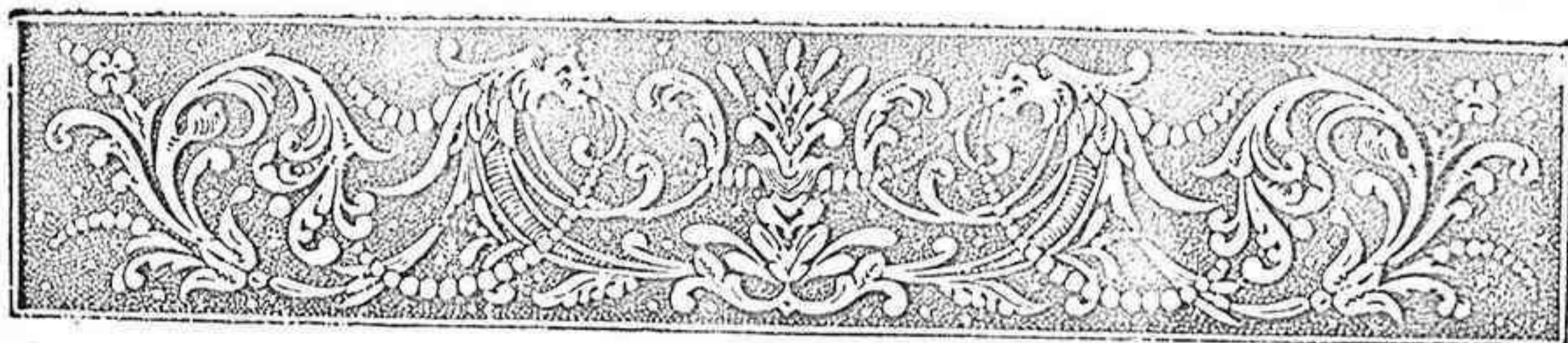
*Haceise todo a todos para ganarlos a todos.* Estas palabras contienen la regla suprema del amor fraternal. Es aquella caridad en que se abrasaba San Pablo cuando decía: *¿quién de vosotros enferma que no enferme yo con él? ¿quién de vosotros padece escándalo que yo no me abraze?* Con la observancia de este aviso, cumpliremos con la verdadera práctica de amor al prójimo y si es nuestro empeño tal que deseemos procurar la felicidad a los demás, con

ello nos asemejaremos a Dios. Disimulemos las faltas de nuestros semejantes y procuremos en todo procurar su enmienda, no prejuzgando nunca en mal sentido sus actos, que propio es de la caridad cristiana no descubrir los defectos ajenos, cuando tanto empeño ponemos en ocultar los propios.

Nobleza de alma arguye el procurar ser útil a los demás. Un proverbio de Oriente dice: Las moscas van tras las heridas y las abejas tras las flores; tras el mérito los hombres buenos y el vulgo tras los defectos.

F. G. T.





# Datos para el estudio de la personalidad literaria

DEL

PADRE LUIS LOSADA, S. J. (1)

(CONCLUSIÓN)

V

## LAS CARTAS FAMILIARES DEL CURA DE MORILLE

SOBRE LO GUZMÁN DE SANTO DOMINGO



DICE el P. Larramendi, en su obra, ya varias veces citada, *Corografía de Guipúzcoa*: «Imprimió (el P. Losada) en defensa de los PP. Bolandistas, dos cartas muy extendidas. La una con el título de *Carta familiar a D. Joseph de Mesa Benitez de Lugo*, autor del libro nuevo intitulado *Ascendencia de Santo Domingo de Guzmán*. Está firmada por el licenciado D. Luis López, beneficiado y cura propio de la Villa de Morille, en el Obispado de Salamanca. La otra con el título *Vida y salud de la famosa carta familiar del cura de Morille*, sobre lo Guzmán de Santo Domingo, es réplica y respuesta a un papel en contrario intitulado *Honra de los muertos, luz de los vivos y antierro de la Carta familiar del Cura de Morille en favor del glorioso Santo Domingo de Guzmán*».

Estas cartas, traducidas en latín, las insertó la obra *Acta Sancto-*

(1) Conferencia leída en la Universidad. De las organizadas por el Ateneo de Salamanca.

*rum Bollandiana, apologeticis libris vindicata*. Antverpiae, 1755 (pág. 960-979).

Del origen y fases de esta polémica nos da detalles Torres Villarroel en su opúsculo *Soplo a la Justicia*. Comienza Torres diciendo, cómo «unos autorizados sujetos y sabios varones (que yo no los conozco) pero sé que hacen Historias, escriben libros, deslindan linajes, y que se llaman los Papebroquios, tomaron a su cuenta (porque tienen facultad para ello) averiguar el origen, el género y la nobleza del Excmo. Sr. y Santísimo Padre Santo Domingo de Guzmán el Bueno. Cuya descendencia todos estábamos convencidos en que salía derechamente de los Guzmanes, sin que hasta ahora hubiese padecido la mas pequeña niebla este clarísimo sentimiento Parece también (según la cuenta) que estos sabios críticos no estaban asegurados, ni contentos con que el Señor Feliz Guzmán fuese legítimo padre de Santo Domingo, y allá por sus razones que no me meto en ellas, quisieron achacar a este Hijo glorioso, otro Padre, sea el que fuere. Esta es Señora toda la raíz de la controversia; suplicoos que oigais sin enojo; porque la Historia es larga, el Asumpto desgraciado, y el Relator desabrido; pero podeis perdonar lo rúdo por lo verdadero, y la molestia del informe por la devota intención de quien habla». A continuación nos dice que un D. Pedro José de Mesa Benitez de Lugo, seudónimo de algún religioso dominico, publicó el libro *Ascendencia de Santo Domingo*, al que replicó el P. Losada con su *Carta familiar* ya mencionada. Así las cosas salió, con la firma del *Sacristán de Canarias*, un opúsculo titulado *Entierro de la Carta familiar*, esforzándose Torres en hacernos creer que era de algún inexperto dominico que sin consultar otro oráculo que el de su cólera lo escribió e imprimió sin licencia de sus superiores, agregando estas significativas palabras: «El vendito *Cura de Morille* que vió enterrada su Carta, se esperitó de coraje, se endemonió de quexas y sin encomendarse a Dios ni al diablo, se encaxó en una Mula y se fué a su aldea a buscar en su silencio mejor comodidad para verter sus cóleras contra el fingido Sacristán, y terriblemente enajenado de la razón, hizo lo que públicamente consta, y yo voi a deciros. Cuando la santa Iglesia Catholica estaba celebrando en la Semana Santa los últimos pasos de la Vida de Jesu Cristo, y los devotos vecinos de Salamanca salían por las calles públicas cargados de cruces, mortajas y cadenas, desgarrando sus carnes con crueles disciplinas, y haciendo otras extremadas mortificaciones, ayudados de los penetrantes gritos de unos devotos Misioneros, estaba el Señor Cura escribiendo la furiosa respuesta contra el *Entierro de su*

*Carta familiar*; y al cabo de unos días salió dándonos las Pascuas con un sermoncito, que lo intituló: *Vida y salud de la carta*, mui relleno de chistes, de equívocos, coplas y cuentos y entre ellos está uno de una Gorróna y un Soldado, que se ha reído mucho entre sus amigotes». La polémica se recrudeció de tal manera que, con gran escándalo de la gente de la ciudad, aparecieron en las puertas de los templos y los paredones de las calles unos gritones carteles que decían: *Contra o sobre lo Guzmán de Santo Domingo*. La furiosa delación de Torres logró que la Inquisición prohibiera los opúsculos del Cura de Morille, no sin antes oír el travieso *Piscator salamantino* acerbas réplicas del P. Losada.

Tituló éste la primera «Carta de mi Señora Doña Escalígera de Plutarco (1) al Autor del Papel intitulado *Soplo a la Justicia*»: «Pero habiendo salido ahora su nuevo Papelito *Soplo a la Justicia*, no me puedo contener sin darle mis parabienes de lo bien dicho...» «Esto solo y los 8 cuartos y  $\frac{1}{2}$  que vmd. nos sopló pudo ser bastante motivo para publicar su escripto sin ser preciso fundarlo en el miedo de que por llamarle *ingenio* le harían autor de muchas obras que han salido en asunto del *Guzmán de Santo Domingo*. Reprehende la temeridad del Cura entretenido en responder al *Sacristan* en su aldea quando en Salamanca salían sus devotos vecinos por las calles *cargados de cruces, mortajas y cadenas*. ¡Ay Dios! y quantas lágrimas nos hizo vmd. verter la otra tarde en la visita con este párrafo. Pero Señor D. Diego, el mundo está tal que estas y piores cosas vemos cada día y aunque vmd. se escandalice he de contar lo que he visto por mis hojos. Que me digera vmd. sí viera a un clérigo *in Sacris* con un Magisterio y una cátedra de Salamanca a que (sic) estas arrimado a los 50 años hecho un zurriburri de todo fange, el azme reir de toda marica, el comandante general de toda la bríbia en todo tiempo, por quien se puede decir aquella célebre coplilla que vmd. escribió para otro asunto: «Gustome la retaila, la varaunda, la zambra, la trápala, brisca, gresca, gerigonza y zurribanda». «Aquí si que se escandalizaría vmd. y con mucha razón; mas si vmd. no lo ha visto yo si... También le da vmd. al Cura muy buena carga cerrada sobre el estilo jocoso en el asunto. Y tiene vmd. muchísima razón; que es muy grande desvergüenza que el Padre nos venga contando quentecillos, coplas y apodos, echándolo todo a nones, sin reparar de que habla no menos que con la persona del

(1) V. Uriarte. *Catálogo de Obras anónimas y pseudónimas de Autores de la Compañía de Jesús*. Número 3.803.

reverendísimo Sacristán de Canarias de la orden de las Monjas de Caleruëga; pero ya queda prevenido».

El P. Losada debió tener sospechas fundadas de que el autor del *Entierro* de su carta era Torres Villarroel. Recuérdese que a raíz de publicar Torres el pronóstico para el año 1724, en que vaticinaba la muerte de Luis I, acaecida en efecto en dicho año, publicó el famoso médico de Cámara, Doctor Martínez, el *Juicio final de la Astrología*, al que contestó el *Piscator* con el *Entierro del Juicio Final de la Astrología*. Consignemos por último las convincentes palabras del humorístico jesuíta en su *Memorial del Doctor D. Diego de Torres al Ilustrísimo Sr. Obispo de Salamanca, pidiéndole el orden del Evangelio en las témporas de Mayo de 1739* (1). Como casi siempre falta en este escrito la *mica salis* porque está derramada en bloque, aunque no deja de haber razones eficacísimas. «¿Pero qué utilidad se siguen de estas disputas? Porque no eres capaz de comprender cuanto utiliza la santa Iglesia, en que se espurguen las actas de los Santos, separando lo verdadero de lo falso, lo cierto de lo incierto. Dices que he dado escándalo (habla el Cura de Morille a Torres en sueños) Mientes; que de una justa moderada defensa nadie se escandaliza; si hubiere el escándalo que tu finjes ¿quién sería la causa? ¿Quién se demandó en desvergüenza? ¿Hice yo mas que defender la ya mal acusada obra de autores Catholicos pios y graves? ¿No guardé un sumo, esquisitísimo respeto al Santo patriarca y a su sagrada orden? Pregúntalo a todo racional que haya leído mis cartas y no esté ciego de pasión. Tu no sabes observar lo que observan todos, y tan expresado y repetido está por mí para que lo adviertan hasta los más *bozales* (sic), que lo burlesco de mi segunda carta cae mui comunmente sobre las tontadas y ridiculeces del Sacristán de Canarias, cuya persona ningún Padre Dominico la quiere identificar consigo, con razón, pues de su propia confesión consta que es un Sacristán chabacano, bebedor, sin letras, sin conciencia. A un agresor de tal caracter y sin nombre ¿será delito rebatirle con quatro chanzonetas inocentes? Al Santo y con el Santo no se habla de burlas sino con extremada reverencia, ni se producen pruebas ridículas, por mi parte, contra su creído linaje ¿Qué sabes tú lo que hizo Salamanca en la Semana Santa? Pues por entonces hiciste una escapada a Madrid, como acostumbras por aquel tiempo, y sospechan malandrines curiosos que es porque nadie sepa si cumples con la parroquia».

¡Véase hasta dónde llegaba el rencor del P. Losada...!

(1) V. Uriarte. *Catálogo de obras anónimas .. etc.*, núm. 4.232.



## VI

## EL P. LOSADA Y LA SÁTIRA CONTRA LOS MALOS ESCRITORES

En el año 1901 publicó dos artículos en la importante revista *Razón y Fe*, el eruditísimo P. Uriarte, con el sugestivo título: *¿Quién fué D. Hugo Herrera y Jaspedós?* En estos artículos, escritos con más habilidad que con fuerza de argumentos, trata el insigne jesuíta de esclarecer el enigma que envuelve al autor de la *Sátira contra los malos escritores*.

De tal manera debió convencerse el insigne Padre que quedaban muchos puntos oscuros en la debatida identificación del famoso don Hugo, que al publicar su obra monumental, varias veces citada en esta *Conferencia, Catálogo de obras anónimas y pseudónimas de autores de la Compañía de Jesús*, no se atrevió a identificar al don Hugo con Jorje Pitillas como testaferreros del inquieto y mordaz Padre Losada.

Sin embargo, no queremos que falte en nuestro *Estudio* una indicación de las razones que movieron al P. Uriarte para creer que poseía la clave del misterio. De todas suertes, al erudito jesuíta se debe el llamar la atención de los doctos sobre la opinión, que comenzando en el mismo P. Isla y corriendo luego por Pellicer y Gallardo, ha llegado hasta nosotros por conducto del ilustre Marqués de Valmar.

El testimonio aducido es del doctísimo trinitario y profesor de la Universidad de Salamanca, Fray Manuel Bernardo de Rivera y Manteca, hombre erudito y hábil polemista que fué el oráculo de esta Escuela en el siglo XVIII. El que esto escribe ha podido comprobar que en casi todas las ocasiones en las que la Universidad necesitaba emitir su opinión era consultado el P. Rivera, y él fué el que llevó la voz de la Universidad en la formidable oposición que ésta puso a Torres Villarroel cuando éste pretendió establecer en la Universidad la Academia de Matemáticas. Según el P. Uriarte, escribió el P. Rivera una carta dirigida a su hermano el *Lector de casos* en el Convento de San Francisco, en que trataba de probar no ser suyo, a pesar de lo que decían malas lenguas, el sangriento discurso de la *Derrota de los Alanos*, que poco antes se había impreso a nombre de un Fray Columbo Serpiente de Santa Clara, atribuido también al P. Isla. En esta Carta, hablando el P. Rivera del sevilla-

no Fray Lucas Ramírez, presunto y tal vez legítimo autor de la *Derrota*, dice el Padre estas palabras: «¡Ah Señor! Clamarán si es que ya no claman, esos mis carísimos; es un delirio pensar tal desacierto del P. M. Ramírez, milagro de erudición y de ingenio. Es una y cincuenta mil veces imposible... Todo será como se pinta. Mas lo cierto es que yo no entiendo de esas imposibilidades, ni tengo ya quién me las explique desde que llevó Dios al ojo crítico de la Nación y aun de toda Europa Don Hugo de Herrera y Jaspedós, Cura que fué en este Obispado (escribe en Salamanca) y después se hizo Doctor en Francia, donde por no sé qué devoción, dejó los nombres viejos y tomó el de Renato Balduino. Este hombre superior a todos los elogios, a quién servían las Gracias

*Musaeque gerebant  
Morem et consuluit magnus Apollo Patrem*

entendía grandemente de semejantes imposibles...»

Es indudable que aquí se refiere el P. Rivera al P. Losada: lo que ya no es tan fácil de probar es que el P. Rivera hablase en serio o estuviese bien informado de la cuestión. Respecto a los escritos que el P. Losada firmó con el nombre de Renato Balduino, nos da noticias el P. Larramendi, según el cual, sabemos que salieron con motivo de otra controversia que se suscitó en España, tomando como pretéxto dos notas que habían creído oportuno introducir los Bolandistas en la edición de las Actas de San Bernardo, y que ocasionaron a vueltas de otros incidentes, la publicación de los acostumbrados libelos. Fueron los más notables por su virulencia y encarnizamiento, dice el P. Uriarte, los intitulados *Conflictus spectabilis* y *Anticicisis Bernardina*, a los que puso el debido correctivo el P. Losada, escribiendo e imprimiendo: «una obra latina, llena de tanta claridad, erudición, belleza y eficacia, que no solo confundió a los autores de aquellos libelos... sino que logró, sin otra diligencia, que la santa Inquisición los condenase absolutamente. La obra del P. Luis contiene dos partes, cada una correspondiente a cada nota de las dos. El título de la primera es *Aucupium speciosum*... El título de la segunda es *Auctarium Aucupii*... En ambas se dice Auctore Renato Balduino Gallo, Sacrae Theologiae Doctore. Suena impreso en Lieja pero no lo fué sino en Salamanca» (1). Pone como remate de sus investigaciones el P. Uriarte unas palabras que se leen

(1) *Corografía de Guipúzcoa* (págs. 291-92).

en la citada carta del mismo P. Rivera, en las que éste, no sin algún conocimiento práctico, habla de la dificultad que hay en disimular el estilo propio en las obras dadas a luz con nombre fingido: «ese género de disimulo es negocio de suma arduidad, y que han respetado por inhacesible muchas capacidades aguileñas. Intentólo nuestro fray Pedro de Alba y no lo consiguió. Intentólo el asombro de su siglo el P. Teófilo Raynaudo, y le sucedió lo mismo. Intentólo un hombre grande de nuestros tiempos, que ya pasó a aquel teatro donde no entran mentiras ni papelones, y murió con las ansias». Pues bien, en la despechada respuesta de Soto y Marne, el derrotado en la simbólica guerra de los Alanos, y causa incidental, por su mala suerte, de las revelaciones de Rivera y confesión de Salafranca se halla lo siguiente, que copio de las notas del P. Uriarte: «Es muy ajeno de verdad que los escritores hábiles no sepan desfigurar su estilo... Los ejemplares que alega (el M. Rivera) de los doctísimos Alba, Raynudo y Losada, proceden con falsedad de supuesto. No es lo mismo disimular el nombre, que confundirlo; no es lo mismo hacerse desconocido, que solicitar ser ignorado. Muchos escritores pasan plaza de incógnitos para el público, pero quieren ser conocidos en secreto. La prudencia les hace embozar su nombre, pero el amor propio los descubre. Con el disimulo del nombre se ponen a cubierto, pero aunque con disimulo, hacen constar su pertenencia al escrito. Jamás se hará constar que los expresados autores pretendiesen enajenar la producción de sus escritos anónimos; ellos mismos lo reconocieron como propios».

De estas palabras; con perdón sea dicho del P. Uriarte, yo no deduzco más sino que Soto y Marne reconocía en las palabras del *hombre grande de su tiempo*, de que nos habla el P. Rivera, al famoso jesuíta P. Losada.

De todos modos, hemos querido apuntar las notas del P. Uriarte, con nuestro deseo de que algún día se descorra el velo que cubre al autor de la *Sátira contra los malos escritores*, uno de tantos enigmas que nos ofrece la antepasada centuria.

## VII

### EL P. LOSADA Y EL P. ISLA.—EL P. LOSADA Y LA HISTORIA DE FRAY GERUNDIO

En la página 235, capítulo XII del libro *Les Prêcheurs burlesques en Espagne au XVIII<sup>e</sup> siècle*, dice su autor el P. Bernardo Gau-

deau: «Isla veut parler du P. Luis de Lossada, le maître et l'ami de sa jeunesse. Quelle fut l'influence de cet éminent esprit dans l'inspiration de *Fray Gerundio*? Les adversaires d'Isla tenterent plus tard d'exagerer cete influence. Ils traiten notre auteur de corneille parée de plumes etrangeres; ils crient que tout le monde sait de qui fut l'idée du livre et de quelle main sont les meilleurs morceaux. Ils pourraient citer *cum die et consule* l'endroit où étaient déposés les materiaux mis en oeuvre (1). Isla se contente d'abord de repondre qu'on faisait a son livre beaucoup d'honneur de la supposer digne d'une plume comme celle de Lossada. Mais le mensonge s'accroitait, grâce surtout aux affirmations audacieuses du capucin Marquine». «Cette chanson a été tellement répétée, dit Isla a son adversaire, qu'aujourd'hui a peine trouverait-on en Espagne un sot qui ne la croie; jugez si le parti que vous commandez est nombreux et formidable (2).

L'crivain prit donc lam peine d'établir sa paternité longuement et d'une facon peremptoire. Il en était a peine besoin, tant le style marquait chaque page de son livre d'un cachet authentique. Mais cette discussion'éclaire a merveille les origenes cachées du roman». «C'est un fait constant, dit avec sincerité le P. de Isla, et de notoriété publique dans notre province de Castille, que le P. Luis de Lossada a eu la même idée que l'auteur du *Gerundio*, et un grand désir de s'appliquer a une paraille oeuvre, quoique par une methode tres differente. Souvent ses amis l'ont entendu parler de certe idée et de beaucoup d'autres, non moins piquantes qu'utiles, qui naissaient dans son esprit, et qu'il esquissait a granps traits, mais c'était tout. Il n'est pas moins constant que ce désir n'est jamais sorti de l'ordre ideal, et que ni pendant sa vie ni après sa mort on n'a trouvé de lui la moindre note sur ce sujet». «Les materiaux mêmes mis en oeuvre dans le *Gerundio* son presque tous posterieures non seulement a l'époque ou le capucin prétendait les avoir vus dans la cellule du P. de Lossada, mais a la mort même de ce Père, arrivée en 1748 (3)». A continuación inserta el P. Gaudeau lo que dice La Fuente en el tomo III de su *Historia de las Universidades en España*, pág. 376,

(1) Carta de Don Juan de Arabaca a Don A. de Montiano (contra *Fray Gerundio*) B. A. E. t. XV, pág. 365.—*Reparos del penitente de Fray Matias Marquina*, ibid. p. 265.

(2) *Cartas apologéticas*, carta IV. B. A. E. t. XV, p. 352.

(3) *Cartas familiares* a su hermano y hermana, cartas 128 et 143. *Cartas apologéticas en defensa de Fray Gerundio* (ces lèttres son d'Isla. Carta IV. B. A. E. t. XV, págs. 345 et suiv.

«Lossada, écrivain érudit et de bon gout, aimait à collectionner tous les sermons ridicules, les thèses en style fulminant, les dedicaces emphatiques, les harangues plaisantes, et autres produits littéraires plus ou moins burlesques, qui lui venaient de Salamanque, de Valladolid, de Madrid, et autres lieux. A cette tâche concourant le P. Isla, que plus tard devait exploiter ces matériaux et beaucoup d'autres dans son *Fray Gerundio*».

Y termina el erudito jesuíta francés con estas hermosas palabras que hacemos enteramente nuestras: «Telle est doc la vérité. Restituons au maître d'Isla sa véritable gloire; sa meilleure oeuvre fut Isla lui-même et quant à *Fray Gerundio*, c'est pour Lossada une assez belle part que d'en avoir si longtemps à l'avance jeté les germes dans l'esprit de son disciple en léguant à celui-ci les vues fugitives de son esprit délicat».

Esta y no otra debió ser la intervención del P. Losada en la obra del P. Isla. Consignaremos, finalmente, lo que en la Carta cuarta de las *Apologéticas* dice el P. Isla, defendiéndose de la impugnación del P. Marquina, autor de los *Reparos que un católico, apostólico, romano suplica tengan presentes, los que se hallaren con la Historia de Fray Gerundio*: «Yo ví mas ha de treinta años en Salamanca los materiales de la Historia Gerundiana en un aposento de un gran maestro (Losada); entre ellos ví el sermón de Santa Ana cuya salutación está deformada, porque en ella ví que el autor fingía que Santa Ana tenía en el rostro una berruga o vulto, *vultum tuum deprecabuntur*; estas y otras sacrílegas invenciones tenía el satírico Maestro, propias de su mordicante genio que el P. Maestro Ucar se dolía por ofendido al oír estas blasfemias». Al hacerse eco de estas palabras no podemos menos de censurar que el P. Isla para justificar su paternidad en la *Historia de Fray Gerundio* llegue a decir que el Padre Losada no era un escritor satírico, truncando para ello un texto del P. Yedra en la *Vida del P. Losada*. Después de lo que hemos visto de este escritor ¿cabe creer lo mismo que creía o fingía creer el P. Isla? Aunque a éste le halagase sobre manera el éxito de su libro famoso, no debió pasar en silencio su gratitud al que al menos *in mente* fué el verdadero autor. Es un detalle psicológico que hemos creído sorprender en el P. Isla, que fué hombre seco y poco afectivo. En la obra del P. Alejandro Gallarani *Jesuítas expulsos de España, literatos en Italia*, traducida por nuestro buen amigo el P. Antonio Madariaga, S. J., vemos que en aquella terrible odisea de los venerables jesuítas, camino del destierro, el P. Isla, por especial amistad con el Capitán de la embarcación,

iba con alegría y comodidad, no doliéndose mucho de sus atribulados hermanos.

Y para terminar, digamos con Gaudeau: «La mejor obra del Padre Losada fué el P. Isla».

## VIII

### LA PRODUCCIÓN LITERARIA Y LOS PSEUDÓNIMOS DEL P. LOSADA

Era el P. Luis Losada, según escribe su discípulo el P. Jacinto de Yebra, un hombre universal, que nada se resistía a su ingenio. Pues por una de las prodigalidades no ordinarias en la naturaleza, aunque no insólitas en nuestra literatura, llegó nuestro jesuíta a dominar las facultades al parecer más contrarias. Un hombre de tan privilegiadas aptitudes y erudición, parece que no debía temer estampar su nombre al pie de sus escritos. Y no obstante, son muy pocos los papeles del P. Luis que llevan su nombre.

Es porque, acaso, escritores como nuestro autor, prefieren ir a la popularidad por el camino de la curiosidad y acucia que produce el anónimo: es acaso para facilitar su labor de crítico mordaz contra aquellos desventurados escritores del jaez de los que componían el *Rasgo épico, verídica Epiphonema* y las pedestres octavas de la *Vida de San Antonio Abad, o el sol de los Anacoretas*. Sin entrar en las razones que pudo tener el P. Losada para publicar sus escritos sin su firma, es lo cierto que así lo hizo en la mayoría de los casos, usando a través de su rica producción literaria, más de treinta pseudónimos que han dado no poco que hacer a eruditos investigadores de nuestras letras.

Antes de consignar los que hemos recogido en la eruditísima obra del P. Uriarte, diremos que hemos encontrado un romance del P. Losada titulado: *Alegórica Expresión sobre el Horóscopo feliz del serenísimo Luis Fernando, Príncipe de las españas* en la relación de las fiestas que celebró la Universidad de Salamanca por el deseado y feliz nacimiento del serenísimo Príncipe Luis I, por Fray Juan Interian de Ayala-Salamanca, 1707-págs. 135-139. También nos encontramos con una Carta en verso del P. Luis, dirigida al Doctor Don Gregorio de Tineo y publicada en las obras poéticas de Gerardo Lobo.

He aquí la lista de pseudónimos del P. Losada que hemos recogido en la citada obra del Padre Uriarte, ya que por carecer de ín-

dices es conveniente anotarlos por si alguno quiere estudiar a nuestro jesuíta. Agreguemos el sentimiento que nos produce que el Padre Uriarte no señalara al lado de cada uno el sitio donde lo había visto, como era de esperar de tan concienzudo trabajo de investigación bibliográfica.

*El Cura de Morille*, núms. 1.149, 2.273. *El triste Cura de Parla*, 273. *El Doctor Don Sotana de Quiroga*, Médico titular de la Ciudad de Cubillas y Académico de la Academia Real de Monicongo, 4.127. *El Doctor Don Diego de Torres*, 4 232. *Don Diego de Torres y Villarroel*, 2.148. *Un salmantino*, 1.537. *Un Ingenio de Salamanca* (Losada y el P. Isla), 1 120 *Un Profesor de la Universidad de Salamanca*, 301. *Un apasionado suyo* (por), 314 *Un Profesor de Mínimos* (dial. entre Perico y Marica), 492. *Uno de la Tertulia de Burgos*, 303, 2.031, 2.143. *Voz nacida del precursor del Cura de Parla*, 2.307. *Mi señora Doña Escalígera de Plutarco*, 3.803. *Renatus Balduimus, Gallus*, 3.742, 3.743. *Requa de Juan Arriero*, 774. *Don Martín de Lardizabal y Elorza* (Losada y Larra-mendi), 4.297. *Don Joseph Antonio Padilla y Chacón*, 4.317. *Don Buenaventura del Fresno*, uno de la Tertulia de Burgos, 303, 4.527. *Don Gonzalo de Atalaya*, Aduanero y Juez Conservador de la verdad (dalo a luz)..., 4.531. *Don Manuel García Pérez*, Cura de Parla, 273. *Don Rafael Escudero*, 301. *Don Antonio de Robles*, 314. *El Doctor Don Pedro Joseph García de Samaniego*, 4.366. *Licenciado Don Luis López*, Beneficiado y Cura propio de la Villa de Morille, 317. *Licenciado Don Santiago González García*, Mayordomo de rentas de la Real Capilla del Santo Christo de Tamames (Sácala a luz), 1.060. *Don Josphé Delamar*, 4.214. *Francisco Antonio Portillo* (en la obra *Reconvención que hace el Cura de Parla*, todavía no ha salido, saldrá en el apéndice), *Villaescusa de Haro*.

Antonio GARCÍA BOIZA.



## DONATIVOS PARA LAS OBRAS DE LA BASÍLICA EN ALBA DE TORMES (1)

	<i>Pesetas</i>	<i>Cts.</i>
<i>Suma anterior</i> .....	11.528	05
Del Excmo. Sr. Conde de Cerragería.....	2.000	»
De D. Jerónimo Aguado Muñoz.....	10	»
Enviado por D. Manuel Uribe:		
De D. <sup>a</sup> Casimira Estivales, Tesorera de las Teresianas de Madrid.	264	»
Enviado por D. Isidoro López, de Palencia, como sigue:		
Del M. I. Sr. D. Deogracias I. Casanueva, Deán de la Santa Iglesia Catedral de Palencia.....	15	»
De D. José Bravo, Párroco de Corrales de Duero.....	2	»
» D. Lope García, Párroco de Santillana.....	1	50
» D. Isidoro López, Presbítero.....	5	»
» D. <sup>a</sup> Teresa de Zabalinchaurreta, de Bilbao.....	25	»
» un estudiante de Vitoria.....	1	50
<b>TOTAL</b> .....	<b>13.852</b>	<b>05</b>

(1) Se reciben en el Palacio episcopal, oficinas de Secretaría.

La Administración de LA BASÍLICA TERESIANA ruega a nuestros suscriptores tengan la bondad de abonar, a su presentación, los documentos de cobro, que desde esta fecha se pondrán en circulación, para facilitar la buena marcha administrativa de esta Revista.

---

SALAMANCA.—Imp. de Calatrava, a cargo de Manuel P. Criado.